

27 Brigada mixta



AÑO I - NUM. 7

ORGANO DE LA 27 BRIGADA MIXTA

26 JULIO 1937

★ NUESTROS JEFES ★

FUERON muchos los militares que, al comienzo de la guerra, nos traicionaron; pero no todos fueron tan insensatos y canallas para hacer semejante crimen con un pueblo que, como el nuestro, vierte su sangre a raudales para lograr lo más sublime: la Libertad. Un año de guerra cruel tenemos en nuestro haber; un año en el que se han puesto al descubierto las conciencias de los hombres que luchan por la causa de los oprimidos, y un año en que la lealtad de los que, en los momentos más difíciles, nos prestaron su valiosa ayuda. Una de ellas, la que nos interesa hacer constar, es la del Jefe del 107 Batallón de nuestra Brigada: la de Angel González Gil-sanz, que, desde los comienzos de la insurrección, se encuentra luchando con quienes el fascismo quiso cometer el más horrendo de los crímenes; con los que, al año de guerra, seguimos manteniendo el espíritu que nos animaba cuando, por primera vez, empuñamos el fusil; con el pueblo honrado, que con la eficaz ayuda de estos hombres, que por sus condiciones de buenos militares y mejores antifascistas logrará que la victoria final no se haga esperar.

Su educación militar antigua se ha ido limando en el transcurso de la lucha, y hoy, al mando del Batallón, completamente compenetrado con todos sus

compañeros de lucha, se muestra orgulloso de nuestro Ejército y optimista en nuestro triunfo inmediato.

No cumpliríamos como compañeros y, además, seríamos injustos si al mencionar al Jefe del Bata-

llón dejásemos en la oscuridad a quien cotidianamente colabora con el Mando con el entusiasmo propio de quien ha vivido las amargas horas de las luchas antifascistas, por las cuales hemos atravesado todos. Jesús García Gómez, Comisario del Batallón, compañero que, con una conciencia forjada en el crisol de luchas pasadas, ofrece su trabajo a los soldados con quienes convive para que, con su ejemplo, nuestros bravos soldados y excelentes compañeros se emancipen de la incultura y de los prejuicios que, como único medio para nuestro desenvolvimiento en la vida, nos dejó la burguesía como herencia.

Misión difícil es la de inculcar en el espíritu de los soldados la educación que todos ansiamos; pero al año que hace dos días hemos dejado atrás para empezar con el de nuestra victoria, tenemos que eliminarle con una fuerza de voluntad que supere cuantos errores tengamos, para así, con la ayuda de los Mandos, poder ofrecer al Mundo la labor realizada por un Ejército en guerra.



¡Juventud: adelante!

Es ella la que, con su noble sangre, está escribiendo las páginas gloriosas de la Historia.

Aquellos días de julio, días de emoción y de fatigas, cuando los invasores querían adueñarse de nuestro suelo, ahí estaban nuestros jóvenes luchando heroicamente para impedir que el fascismo pisara las calles de nuestro querido pueblo. Hemos de reconocer la desorganización que había entre nosotros los primeros meses del movimiento. ¿Las causas principales? El no obedecer nuestros Mandos y la poca disciplina que teníamos entonces; pero todo ello pasó, y con tristes recuerdos para nosotros. Hoy en la actualidad poseemos un Mando único formidable, una organización completa y una disciplina de hierro, que, unida a nuestro sentimiento de clase, ¿quién va a dudar del triunfo del proletariado? Nadie, absolutamente nadie; estamos luchando por una causa noble y justa y, como la razón se impone, no hay quien detenga el empuje arrollador del pueblo en armas.

No debemos desobedecer las órdenes de nuestros Jefes, sino, al contrario, acatarlas con cariño y cumplirlas inmediatamente; que en nuestras caras no se reflejen gestos de contrariedad; no hemos de olvidar que somos soldados de un Ejército Popular, admirado en todos los países que sienten nuestra causa; de esta manera pronto veremos nuestras consignas cumplidas, y más rápidamente habremos conseguido el triunfo, que no se hará esperar mucho.

¡Adelante, jóvenes antifascistas; que no desfallezamos nunca; la victoria es nuestra!

¡Obediencia ciega en los Mandos!

¡Viva el Ejército Popular!

RAFAEL GALLEGO GÓMEZ.

Una de nuestras tareas

La incorporación al Ejército de los reclutas que recientemente han venido a engrosar nuestras filas ha dado, en lo que se refiere a nuestra Brigada, motivo a varios escritos en los que, si bien todos están animados de una buena intención y reflejan el pensamiento magníficamente sublime de algunos compañeros cuyo aprecio hacia sus hermanos manifiesta una aguda sensibilidad y un gran afán de convivencia, no han enfocado la cuestión de una manera objetiva y descarnada.

Yo he visto, cuando los reclutas descendían de los coches, a compañeros en cuya boca se dibujaba una sonrisa nada acogedora hacia estos camaradas; durante algunos días que sucedieron a su llegada se gastaron algunas bromas que manifestaban la inconsciencia de quien las gastaba.

Naturalmente, estas manifestaciones son raras excepciones, pues la inmensa mayoría de nosotros hemos recibido a estos reclutas con la camaradería y la cordialidad que a todos nos caracteriza.

La llegada de estos compañeros nos plantea una labor de propaganda y de conducta para con ellos. Labor que afecta lo mismo a los Comisarios, que a los Mandos, que a nosotros los soldados.

La labor política de los soldados para con sus

compañeros de reciente incorporación es la más importante, aunque no lo parezca.

¿Cuál es y cómo debemos llevar a cabo esta labor?

En primer lugar debemos tener en cuenta que estos reclutas tienen tres procedencias, cada una de las cuales tiene una diferente psicología y, por ende, cada uno de sus componentes: existen campesinos, obreros e hijos de familias acomodadas.

Lo primero que debemos hacer es saber cómo piensa el compañero que tenemos a nuestro lado, y con arreglo a ello proceder.

La labor individual tiene muchas ventajas, pues nos permite obrar siempre con arreglo a la manera de pensar del que es objeto nuestro trabajo. Debemos considerar en igualdad de condiciones a nuestro compañero.

Hemos de hacerle saber que él, lo mismo que nosotros, sería víctima de la esclavitud en caso de que triunfaran los fascistas, y que será beneficiario del bienestar futuro. Se le debe poner de manifiesto que la libertad y la independencia de España está por encima de todo.

Del trabajo de los Comisarios y de los Mandos nada diremos, pues ellos saben lo que tienen que hacer; su preocupación debe ser la de que entre todos nosotros exista una compenetración absoluta.

CONSTANTINO LÓPEZ.

DISCIPLINA

Camaradas del Frente Popular: me pongo a expresar en la forma que yo entiendo que debe ser la actual disciplina; pues bien: todos los componentes del Ejército de la República debemos de acatar sin discusión la disciplina, pero disciplina cariñosa y no impuesta, pues si estamos componentes del Ejército, que desconocemos la disciplina de la democracia española, para eso el Gobierno del Frente Popular ha tenido la acertada iniciativa de crear un Cuerpo de Comisarios. Cuerpo de Comisarios que son la auténtica representación del Gobierno, y éstos son los que diariamente tienen la obligación de desarrollar una labor de educación política, hasta llegar a la exacta compenetración entre el soldado y el Gobierno que nos represente. Una vez hecho esto, tengo la seguridad de que la disciplina se convertirá en la llamada autodisciplina; con esto evitaremos que nuestros jefes nos tengan que imponer arrestos. Arrestos que estoy seguro que les duele más que al que lo está pasando. Pues bien, camaradas combatientes de la República: a compenetrarse con los Mandos y el Gobierno para que cuando salga la voz de ofensiva nadie se quede dudando; todos con arrojo y entusiasmo nos tiremos de las trincheras para lograr los objetivos que el Mando nos determine, pues nada más tenemos que pensar que en nuestra retaguardia tenemos nuestros familiares y heridos. Heridos que tienen puesta toda su confianza en nosotros.

Sin otro particular por hoy me despido con un saludo para todos los combatientes que luchan en el suelo español contra el invasor, no ya nacional, sino internacional.

C. ZABALA.

FRASES

Yo soy uno de tantos hombres que participan en esta lucha contra el fascismo por obligación, pues obligación es para todos los españoles empuñar las armas para defender un Gobierno legítimamente constituido, un Gobierno impuesto a nosotros por nosotros mismos; por tanto, es cosa nuestra, y como tal debemos defender, pensando que lo más que podemos perder es la vida, esa vida que tantas veces dijimos la daríamos por salvar a nuestra madre, compañera, hijos, etc. Pues bien: si por salvar a uno de estos seres queridos daríamos la vida, ¿con qué gusto no la daremos por salvar a todos, que es lo que en estos momentos defendemos?

Pensemos los que tenemos un hogar constituido el dolor de otros compañeros que lo tenían y lo perdieron o, mejor dicho, se lo arrebataron de manera rufianesca, escuchando, como único comentario de los salteadores, la tan manoseada frase de: "son cosas de la guerra". Con esta frase se amparan para cometer sus fechorías los cobardes, y sabemos la emplearon cuando alguno de ellos se le ocurrió comentar levemente en tono de conmiseración hacia la víctima de algún ultraje.

Nosotros tenemos otra frase más generalizada y más sintética, aunque no tan aparatosa; la nuestra es: "esta gente no tiene sensibilidad", y esto es im- perdonable en personas que tenían a su alcance todos los recursos y facilidades para recibir una educación, moral y material, exquisita, y que no supieron o, mejor dicho, pudieron recibirla porque todo era artificio, no tenía una base, y todo lo que se trató edificar sin cimientos es superfluo. Esto es lo que ocurría a nuestros enemigos con su educación.

Al primer golpe de vista parecían unas personas cultas, pero no hacía falta ser un gran observador para comprender que toda la cultura que poseían residía en sus cuellos de brillo y en las etiquetas de sus trajes (generalmente extranjeros); buena prueba de esta cultura son los desmanes cometidos en poblaciones civiles ajenas (por desgracia nuestra) a la guerra; sus bombardeos e incendios en museos, bibliotecas, hospitales; y todos esos sitios, escogidos con saña por ellos, han servido para que los indiferentes comprendan de qué lado está la razón y, al mismo tiempo que lo comprenden, se solidaricen con nosotros y lancen nuestra frase: "esta gente no tiene sensibilidad".

V. MARTÍN.

Ejército del Pueblo

Este es nuestro Ejército, el Ejército del pueblo, el Ejército popular; es del pueblo, porque le componen sus mejores hijos; es popular, porque es al que hasta ahora le ha correspondido llamarse así por tener en sus filas todas las capacidades y matices, menos uno, naturalmente, que es nuestro enemigo común; éste es el único que no cabe entre nosotros, es el que nos es inservible; representa y representó

siempre lo contrario de lo que nosotros defendemos; no supo nunca hacer nada en favor de nuestros anhelos o demostrar que debía hacerlo, y por eso, cuando el pueblo se manifestó en contra el 16 de febrero, demostrando que quería poner en marcha sus destinos, ellos se levantaron en armas contra esta voluntad; esto fué lo suficiente para dejar bien claro a la luz pública que no eran ellos los destinados para velar por nuestros intereses, y de ahí que haya surgido la creación de este nuevo Ejército, salido de las entrañas del pueblo, dispuesto a defender lo que sus hermanos quieren y velar por ello en todo momento, lo mismo que serán los conseguidores del triunfo; este nuevo organismo representa a las víctimas de la opresión y representa el futuro; se ha forjado en la lucha; su bautismo le ha recibido con sangre hermana, vertida a gusto de una traición; por eso ha de ser más firme en sus propósitos y saldrá fortalecido de la crisis de su enfermedad padecida de muchos años atrás, porque ha de quedar completamente curado; le queda la seguridad de que mató el microbio que contaminaba; sabe que es el administrador de la cuenta saldada, que es el espíritu de la verdad, y que las víctimas caídas dieron sus vidas con satisfacción porque, además de saber que la daban por una causa justa, no ignoraban que aquí quedaría quien sabría consolidar la victoria. Por estas razones, tan justas, es por lo que todos debemos de poner, para hacerle más nuestro este Ejército, el máximo interés para que así también pueda servir de ejemplo y orgullo a las democracias europeas y a los hombres libres del Mundo entero. Y para esto yo digo es necesario e imprescindible que sepamos todos que esto depende de nosotros mismos. ¿Cómo? Sintiendo una preocupación constante en capacitarnos y encauzar nuestra marcha por el camino más recto; hemos de estudiarnos nosotros mismos, evitando así obrar a la ligera; ha de obrarse, entiendo yo, con un firme propósito de hacer las cosas lo mejor posible para no dar lugar a tropezones, porque hacia esto opino que tales tropiezos que encontraríamos no serían otra cosa que marcar curvas a nuestra trayectoria; hemos de superarnos cada día con una gran voluntad, pero nunca creernos ya lo suficiente capacitados (el adquirir conocimientos para nosotros no tiene límites); ha de marcharse con compás siempre que las medidas a tomar no sean una gran práctica para evitar, al ser posible, no errarla; esto resultaría nocivo; no podemos empezar a correr o extendernos sin preocuparse si dejamos, en nuestro radio de acción o en lo que nos dejamos atrás, realizada nuestra labor perfecta; sería muy lamentable encontrar un vacío, que nos ocasionaría un bache, lo que tenemos que evitar. Yo creo se han de estudiar los resultados que pueden tener al proponer o disponer una cosa, y darse cuenta si por hacerlo de una o de otra manera podremos obtener mejores o peores resultados.

Resumen de mi criterio: todos a capacitarnos, desde el soldado hasta el primer mando; todos a resolver lo que esté a nuestro alcance y consultarnos si vemos alguna dificultad; todos a la altura de las circunstancias; todos con el ánimo y sentido de perfección; obrar con conciencia de causa.

¡Salud y adelante, Ejército del Pueblo!

UN COMISARIO DE COMPAÑÍA DEL SEGUNDO BATALLÓN.

Por la victoria

¡Camaradas! ¡Bravos soldados del pueblo! En vosotros, en vuestra gesta heroica están puestas todas las miradas del proletariado mundial; ayer fueron nuestros hermanos de Rusia los que ostentaron esta gloria; hoy somos nosotros, y con más orgullo si cabe, porque si ellos defendieron su libertad, que ya es grande, nosotros defendemos más, mucho más; a la par del porvenir nuestro y el de nuestros hijos, defendemos la liberación de nuestro suelo patrio, expulsando a los invasores italoalemanes, que con sus ansias imperialistas vienen a hacerse dueños de lo que representa nuestra riqueza nacional y a darnos a conocer, con sus ansias de posesión, el valor de la misma; por eso nosotros, ahora que conocemos el carácter de nuestra lucha, es cuando con más tesón y ahinco debemos quintuplicar nuestro esfuerzo en aras de nuestra gloriosa independencia y hacernos, con nuestro sublime sacrificio, acreedores a estas ansiosas miradas que nos otorgan nuestros hermanos de clase, que tan intensamente están con nosotros y, como nosotros, esperan con ansiedad nuestro triunfo sobre el fascismo.

¡Soldados! Que seamos nosotros, y, al igual que en otros siglos, con el orgullo de nuestra raza, los que asestemos el golpe definitivo al fascismo internacional; que seamos nosotros, en digna colaboración con nuestros Jefes y Comisarios, y ellos con nuestro Gobierno, el más firme puntal de nuestra victoria; por nuestra independencia, obediencia a nuestros Mandos; por nuestra rápida victoria, fe ciega en nuestro Gobierno.

¡Viva el Frente Popular!

¡Viva nuestro Ejército!

LADIS HONRUBIA.

COMPAÑERISMO

¡Cuántas veces se repite esta frase con respecto a los que con nosotros trabajaban en talleres, fábricas u oficinas!

Cuando un individuo entraba a trabajar en una casa, desde ese momento se le concedía el título de compañero; solía ocurrir que este compañero simpaticizase con unos más que con otros y hasta cambiase el título de compañero por el de amigo, frecuentando ambos los mismos lugares, saliendo juntos inclusive con la novia, dando con eso a la frase de amigo un significado más amplio que a la de compañero.

La mayoría de las veces terminaban estas amistades como el célebre rosario, a farolazos, y es que, claro, todas las cosas requieren su tiempo, y no es bueno precipitarse; esto ocurría en la vida normal; en la guerra no es así, y a la palabra compañero se le da toda la amplitud que tiene y se aprecia en todo su valor; pruebas cantan:

Los primeros días del ingreso en un Batallón es uno un naufragio, pero no porque los compañeros contribuyan a este naufragio, sino porque al recién ingresado le cuesta trabajo adaptarse a las costumbres, y así le vemos torpe en todos sus movimientos,

el último en la cola del rancho, remiso a la hora de acostarse, etc. Este individuo, en el ejército antiguo, hubiera sido el blanco de todos; actualmente no es así, y no falta el compañero que se instituye en su protector, echándole una manita y ayudándole a salir del paso y cruzándose entre los dos una mutua simpatía. Este mismo es el que comparte la comida con el recién llegado, y lo mismo hace con su colchoneta (suponiendo que no sea el blando suelo el lecho de que se dispone y que, dicho sea de paso, qué bien se duerme en él cuando se tiene sueño o después de una dura jornada de esas por las cuales atravesamos todos); también es muy frecuente el caso del compañero que cede su manta al que está de parapeto si ve que la que aquél tiene es inferior a la suya; lo mismo ocurre cuando alguno se siente indispuerto, al momento surgen voluntarios para hacer su puesto o realizar la labor encomendada a aquél.

Todo el individuo que hace esto se llama compañero nada más, y no necesita adjetivos; basta con dar a esta palabra toda la grandeza que encierra y comprenderemos que compañero es sinónimo de hermano, y como tales luchamos unidos, siendo esta unión la que nos dará el triunfo.

VICENTE.

Así se vive la guerra

Son las ocho de la noche. En el cuartel reina paz y alborozo; todos los soldados van de un lado para otro como contagiados de la alegría de los demás; todo son risas, algazara y ruidos; nadie piensa en la muerte, aunque estén familiarizados con ella; si a alguno se le acercara la recibiría cantando; esta noche proyectan una gran fiesta; quisieran divertirse, porque les ha dicho el Oficial que pronto irán de baile al campo enemigo.

Llega un Sargento; trae una orden; acto seguido entra el Capitán y, dirigiéndose a los Cabos y Sargentos, ordena que forme la Compañía. Ya están formados; nadie pregunta adónde van; en cinco minutos toda la Compañía ha quedado dispuesta para la marcha; a la salida del pueblo, un enlace se les acerca diciéndoles que los fascistas, en número incalculable, se aproximan a nuestros parapetos.

—Ya sabéis adónde vais, dice el Capitán; con que, adelante; valor y serenidad, camaradas.

Ya suenan las ametralladoras, silba la muerte entre una lluvia de balas y caen los muchachos; se lucha; la brega del combate es dura.

—¡Sangre y coraje, muchachos! Adelante; y, magnetizados a la voz del Mando, unidos, forman, a un modo de ariete poderoso que, abriendo brecha entre las fuerzas contrarias, rinden al enemigo. ¡Victoria al fin!

Cesó la lucha; nada turba el campo de la batalla; ni un rumor; es que la Naturaleza también guarda homenaje a nuestros muertos.

¡Salud, héroes! Muriendo habeis vencido.

JOSÉ MEDINILLA.

VISADO POR LA CENSURA

Unión en el Ejército Popular

Lo que vais a leer en estas cortas líneas va dirigido, principalmente, a los reclutas recién incorporados al Ejército del pueblo.

Los que ya estais en los frentes de lucha habreis podido observar la unión que existe entre los compañeros que están luchando por conservar una España libre de toda lacra única y exclusivamente para el trabajador. También habreis podido ver la compenetración del soldado con el Mando. Y, ¿sabeis por qué existe esta unión? Pues os lo voy a decir. Lo primero, porque todos los que estamos luchando contra los ejércitos invasores somos voluntarios verdad; no nos pasa como a los de la acera de enfrente, que son "voluntarios" a la fuerza. Nosotros defendemos un ideal, y a ellos les hacen defender los intereses del "amo", mejos dicho, de los "amos", pues son muchos los que quieren adueñarse de un suelo que no les pertenece, y yo creo que todo aquel que quiere hacerse dueño de una cosa que no le pertenece, no tiene más que un nombre: ladrón; dura es la palabra, pero no merecen otra, llámense alemanes, italianos, portugueses o españoles traidores a su patria.

Os he expuesto el primer punto del porqué tenemos esta unión.

El segundo punto es que en esta lucha no miramos si un compañero está afiliado a la U. G. T., si a la C. N. T. o si a la F. A. I.; todo ese juego de letras está demás en los frentes; no nos guía más que el ganar la guerra, y que sea pronto, para ahorrar el mayor número de compañeros posible. Y, ¿sabeis cómo se consigue esto? Con la unión más firme del proletariado. Unión en la vanguardia, unión en la retaguardia y unión en las sindicales, y siempre unión. Se dice que unión es fuerza, y ya lo habreis podido comprobar por las muchas derrotas que ha tenido el enemigo, y sigue teniendo, en los diferentes frentes. Yo no quiero enumerar aquí estas derrotas, pues en vuestra memoria estarán grabadas, y si no, no teneis más que ojear la Prensa diaria y las vereis reflejadas, y todas estas derrotas las sufre el enemigo, lo primero, por el empuje y la unión de nuestro Ejército, acompañado todo esto con la disciplina y la obediencia al Mando, cuando ellos, por el contrario, están completamente desunidos y desmoralizados, a pesar de los continuos bombardeos a ciudades abiertas y fuera de todo objetivo militar, acompañado con la matanza de mujeres y niños, actos de una cobardía infame; una razón más para que comprendamos la gran desmoralización que existe en esa canalla.

En fin, camaradas; no quiero cansaros más. Lo que únicamente deseo es que lleveis a la práctica esta unión que yo preconizo y tener la seguridad que será un gran paso para la victoria definitiva.

¡Viva la República española!

¡Viva la unión del proletariado! Salud.

LUIS RODRÍGUEZ ROLDÁN.

El optimismo es el precursor de los buenos éxitos.

La hora de las realidades

Vivimos momentos de hondas transformaciones. Las transformaciones revolucionarias, que cambian bruscamente los cimientos económicos de un Estado, no se limitan específicamente a esto, sino que producen un complejo de transformaciones sociales que, primero, emergen de una manera caótica y desordenada y que, paulatinamente, se orientan en una organización uniforme y ordenada.

En estos momentos de caos aparente, que podemos considerarlos en nuestra historia dentro del año que terminó el 18 de julio, se producen figuras y fenómenos de dudosa razón de existencia, figuras y hechos que, producidos por el caos, tienen una expresión caótica dentro de los momentos de organización que nuestra historia empieza a vivir con la estructuración disciplinada de nuestro Ejército y la orientación revolucionaria de nuestros cuadros de Gobierno.

Lógicamente, dentro de esta nueva etapa de nuestra historia veremos derrumbarse, cual gigantescos figurones, todas aquellas producciones ficticias de los momentos caóticos. Es la hora de las realidades revolucionarias, y todo aquello que no se adapte a estas exigencias del momento, sea cual fuere su origen, vendrá abajo por exigencia de la propia historia.

Nuestra condición de revolucionarios nos exige acelerar su hundimiento, facilitando con ello la marcha progresiva de la historia. Orgulloso puede estar nuestro pueblo. Con su magnífica voluntad hizo que el período caótico durase breves momentos. Nuestra organización actual nos promete una victoria definitiva con la que podamos levantar el coloso aparato de un Estado Socialista.

La hora de las realidades, transición entre el período caótico y el período organizado, es amarga para algunos que, sin autoridad moral, se elevaron a costa de la desorganización reinante. Son los vividores de todas las épocas, que en los momentos organizados de la revolución no pueden vivir en nuestra sociedad. El pueblo acabará con ellos y nuestra historia seguirá su curso, transformando continuamente la sociedad y seleccionando lo bueno y útil de lo inútil por inadaptado.

FRANCISCO OLMEDO.

Recaudación de un día de haber

El Comisario del 106 Batallón nos presenta el siguiente recibo, en el que consta la entrega hecha al Jefe de esta Brigada de lo recaudado entre los miembros componentes del mencionado Batallón, con motivo del día de haber que acordaron dejar el día Primero de Mayo:

"He recibido del Comisario del Batallón 106 de esta Brigada, y recaudado entre los soldados del citado Batallón, la cantidad de seis mil seiscientos cuarenta y ocho pesetas con cincuenta céntimos, con destino a servicios de guerra.—Buitrago, 20 de junio de 1937.—El Jefe de la Brigada, *Sebastián Pérez.*"

TECNICA MILITAR

Mortero "M. L. I. C.", calibre 50

(Continuación.)

Veamos lo que ocurre en el interior de la granada. Al producirse la inflamación del cartucho, los gases resultantes se acumulan contra la pared de la válvula. Cuando alcanzan un volumen determinado rompen ésta y se precipitan por los tres orificios, quemando los suplementos y la pastilla de pólvora del seguro automático, por lo que la varilla, empujada por el muelle, asciende, dejando en libertad el portacebo.

Los gases empujan la granada y, debido a esta presión, el borde posterior de la banda de forzamiento ajusta herméticamente las paredes del arma.

La granada sube y, a poco de su recorrido, debido a la inercia (lo mismo que cuando se va en un tranvía y arranca fuerte), el percutor se queda quieto y, como la granada sigue, el vástago del tapón se sale de la cabeza del percutor y las masas comprimidas por el muelle hacen cuerpo en la pared de tal manera que, al intentar retroceder el percutor, mediante su muelle, no lo consigue y deja asomando el punzón fuera del tubo portaaguja. La granada asciende y luego descende con gran verticalidad, y al llegar al suelo, por inercia también (igual que cuando vamos en un tranvía y frena de golpe), el portacebo avanza, comprimiendo al seguro, hasta golpearse en el percutor, que atraviesa su fina pared, produciendo la explosión del detonador y ésta la de la granada.

ANTONIO IGUALADOR.

(Continuará.)

DE DEPORTES

Aquí tenéis, camaradas de otros Batallones, hasta dónde llega la labor de nuestros Comisarios políticos, alma y gloria de nuestro Ejército Popular.

El nuestro, Jesús García, muchacho joven y de clara inteligencia, atento siempre a prepararnos políticamente en nuestra guerra, no ha olvidado en estos momentos que las condiciones físicas son las que vigorizan el temple de nuestros combatientes, por lo que, apartado por unas horas de nuestro lado, le han bastado para marchar a Madrid y traernos 12 equipos completos de fútbol de esmerada confección, los que han sido acogidos con profunda satisfacción, ya que con estos equipos, en los momentos de ocio que nos deje libres nuestra lucha, podremos organizar encuentros con otros Batallones, dando lugar a fortalecer nuestros músculos para el combate y, lo que es mejor, recaudar fondos para fines benéficos, que bien puede ser esto una medida de apoyo para acelerar nuestra victoria. Bien por nuestro Comisario.

¡Vivan los Comisarios!

LADIS HONRUBIA.

HIGIENE SEXUAL

Medios preventivos

(Conclusión.)

Si esta enfermedad no se trata, o se trata indebidamente, sobrevienen alteraciones denominadas terciarias; el rasgo más característico de ellas es la producción de nodulaciones, que tienen tendencia a ulcerarse; el corazón, el hígado, el cerebro, los pulmones y los huesos pueden ser atacados. Por lo general, las lesiones se producen con lentitud, pero en los casos malignos progresan rápidamente, de modo que cuando afectan a órganos de más importancia vital pueden ocasionar pronto la muerte.

En todo caso, el que padece una afección sífilítica puede conservar la esperanza de conseguir una curación completa, pero hay que hacer saber que la enfermedad es solapada y engañosa, y tras largos periodos de curación aparente suelen sobrevenir recaídas.

En general, puede calcularse en cuatro o cinco años el tiempo que debe transcurrir desde el momento de la iniciación y aquel en que puede considerarse al paciente completamente curado y apto para casarse, pero siempre con una gran vigilancia y consultando al médico en el menor trastorno que notase. En la sífilis, pues, no debe atenuarse la importancia, pero tampoco debe exagerarse.

Implica objetar contra estos males las medidas que eviten la adquisición de estas enfermedades; los preservativos constituyen un medio de defensa; cierto que no confieren una protección absolutamente segura, y esto debe hacerse resaltar siempre; pero, en muchos casos, realmente evitan que se adquiera la infección, viniendo a ser lo que llamó Blaschk "el cinturón salvavidas del naufrago". Los preservativos más seguros son los condones de goma. Los remedios químicos usados en instilaciones uretrales o en pomadas sobre la piel ofrecen menos confianza; los más utilizados son: Blenocol, tubo X, Profilatic, etc.; recomendando se ajusten siempre a las instrucciones de los prospectos que acompañan. Sobre todos estos medios, un lavado de jabón corriente, cuanto más ordinario mejor, de todos los órganos sexuales externos es eficazísimo. Los simples lavados con jeringuillas ordinarias son completamente ineficaces.

Insisto en que es necesario reclamar el auxilio del médico tan pronto como aparezcan *los más ligeros síntomas de la enfermedad*. Cuanto más pronto es descubierta la misma, tanto mayores son las probabilidades de curación y tanto menor es el peligro, por ignorancia o descuido, de contagiar a otros.

Tiene que hacer uno, por su deber cívico, lo que pueda por su parte y, sobre todo, por el bienestar del Pueblo, para que nuestra Nación torne a ser vigorosa, con el fin de reparar las pérdidas y restañar las heridas que la funesta sublevación fascista ha traído consigo, y que la experiencia nos hace ver que es natural solamente en los regímenes fascistas.

A. R. REIG LIZÁN.

PAGINA CULTURAL

La lectura

La lectura, como dice Gómez de Baquero, es un arte muy difícil. Por ser un arte necesita de una cierta habilidad, que es preciso adquirir y modelar mediante una práctica convenientemente orientada. La lectura no puede ser, en modo alguno, improvisación, y sí, por el contrario, orden, método, justeza en la interpretación, sentido psicológico... El leer bien, hasta ahora, ha sido privilegio de contadas personas. Los buenos lectores, como los grandes hablistas, no han podido formar legión en España, donde más del 80 por 100 de sus individuos no saben leer (1). Las causas de este desastroso porcentaje hay que buscarlas en una política pedagógicamente catastrófica que, orientada desde el Ministerio de Instrucción Pública, tenía sus umbrales en la escuela primaria, finalizando en el rellano de la Universidad. La escuela primaria, concretamente, fracasó. Muchas y muy complejas han sido las causas que determinaron este fracaso, cuyo sambenito hubo de soportar casi siempre el maestro. Nuestros chicos han salido de las escuelas sin saber leer porque no se les hacía pensar ni razonar. La escuela y el pueblo en general olvidó este detalle, que tan caro hemos venido pagando. Convenía más a los familiares y era más cómodo para el maestro que los alumnos *asimilaran* con la rapidez del rayo unos conocimientos que ni eran comprendidos ni tenían base sólida para futuras adquisiciones. Nuestras escuelas eran talleres de muñecos en serie, carentes de toda personalidad. Todos recordarán con dolor aquellas clases de lectura somnolientas, monótonas, aburridas, en las que, canturreando, se leía una vez, otra y muchas la misma página del mismo libro, llegándose con ello a forjar exclusivamente cotorras parlantes que no comprendían nada de lo leído. Recitaban, eso sí, mejor o peor, pero no leían; conocían las provincias españolas y los ríos extranjeros y no sabían los límites de su aldea; resolvían raíces cuadradas y reglas de interés, y luego en una suma mental fracasaban... Eran, en fin, una serie de hechos encadenados que lanzaban, como producto, generaciones de hombres a luchar con la vida, sumidos ya, más que al principio, en las tinieblas de una ignorancia ribeteada con esplendores de una lucidez cultural truncada en sus comienzos.

El camino estaba trazado, y para acabarlo de terminar surgió esa pléyade de mercaderes de la pluma que se asignaron el bonito papel de *puntilleros*. Comenzando por los editores de periódicos infantiles, desconocedores en absoluto del alma infantil, y continuando por ese cúmulo de escritores de novelas cortas y novelones por entrega, que infectaban los mercados, la misión cultural estaba, *felizmente*, terminada. Sin embargo, las obras de esos grandes escritores, que para honra nuestra han surgido en cantidad no correlativa a ese ambiente, dormían en los anaqueles de las librerías el sueño del olvido. Los escritos de

(1) Leer, repitámoslo una vez más, no es deletrear en voz alta; es interpretación, asimilación exacta, comprensión del espíritu del autor, etc., etc.

Gabriel Miró, por ejemplo, son más desconocidos que los novelistas de aventuras, aquellas otras sicalípticas o los novelones por entrega de Luis del Val.

Los pazos de Galicia; los valles, siempre verdes, de Asturias; las extensas estepas ardorosas de Castilla; las típicas huertas valencianas y los abismos maravillosos del Mediterráneo; y, finalmente, el paisaje alicantino, preñado de las más variadas poesías, tan magistralmente trazados por Fernández Flores en *Volvoreta*, por Palacios Valdés en *El enfermo de aprensión*, por Azorín en *Castilla*, por Blasco Ibáñez en *La barraca* y *Mare Nostrum*, y por Gabriel Miró en *Las cerezas del cementerio*, son todos ellos descripciones que han fijado sobre mi retina, como en las de otros muchos, un fondo de luz y color que endulzará mi existencia en los momentos de hastío que la vida me depare.

PASCUAL GONZÁLEZ.

Aritmética

(Continuación.)

Tanto por unidades, decenas o centenas de millar se cuenta lo mismo que por unidades, decenas, o centenas simples.

Por consiguiente, tenemos que diez unidades de un orden cualquiera forman una unidad de orden inmediatamente superior y, recíprocamente, una unidad de un orden cualquiera se compone de diez unidades de orden inmediatamente inferior.

Como fácilmente se puede apreciar, el número *diez* constituye la base de nuestro sistema de numeración, porque, como acabamos de ver, se necesitan diez unidades de un orden cualquiera para formar otra de orden superior inmediato, llamándose por dicha razón a nuestro sistema de numeración *decimal*.

De todo lo expuesto se deduce lo siguiente: toda cifra colocada a la izquierda de otra representa unidades diez veces mayores que esta otra, e, inversamente, toda cifra colocada a la derecha de otra representa unidades diez veces menores que la de su izquierda.

Por consiguiente, cada cifra tiene dos valores: uno *absoluto* y otro *relativo*.

El valor *absoluto*, como su mismo nombre indica, es el que tiene o representa la cifra por su figura, y valor *relativo* es el que tiene la cifra según el lugar que ocupa, o sea, el orden de las unidades que representa.

Para mayor claridad pondremos un ejemplo: sea el número 487. El valor *absoluto* de sus cifras es 7, 8 y 4. El valor *relativo* de 7 es también siete por ocupar el primer lugar de la derecha, es decir, que son unidades simples o de primer orden, y aquí los dos valores son exactamente igual. El *relativo* de 8, como ocupa el lugar de las decenas, es *ochenta*, y el *relativo* de 4, como se encuentra en el tercer lugar, o sea, el de las centenas, es *cuatrocientos*.

LEOPOLDO MARTÍNEZ.

(Continuará.)

CAMARADAS

Recuerdo la noche clara;
recuerdo los pinos negros;
recuerdo el cante triunfante
de los soldados del pueblo;
del camino de la Sierra,
cubil del fascismo negro,
y la Compañía gloriosa
de nuestro Batallón primero.

Ayer vi la misma luna
quebrarse en los pinos negros.
Mis ojos, rojos, clavados
en la media noche de ébano,
evocación a los héroes,
mientras al mirar al suelo
la tierra, hinchada, me hablaba
de tantos hermanos muertos.

¡No sé qué pondrá la Sierra
de noche en mi pensamiento!
Algo que el alma me oprime,
en un abrazar tan tétrico,
que hace rechinar mis dientes,
elevar mi puño al cielo
y exclamar, secos mis labios:
os vengaré, compañeros.

ROMÁN JIMÉNEZ LUIS.

Camillero de la 2.ª Compañía, Batallón 105.

Al fin llega lo deseado

Por fin se abre camino la razón, razón que todo combatiente ha estado buscando sin poderla hallar; pero todo tuvo que llegar: primero, los hombres; después, los fusiles, y, seguidamente, cañones y aviones. Con todo esto, nuestro Ejército, nuestra disciplina, nuestra moral y nuestra razón, lo único que nos falta es conseguir la victoria, la cual no se hará mucho esperar si todos los combatientes nos aprestamos uniéndonos a esos cañones y aviones que tanto pedíamos y que ya los vamos teniendo. ¿Qué es lo que tenemos que pedir? Lo que ahora nos falta es luchar sin descanso para conseguir la unidad del único partido marxista y la única organización sindical para que, todos unidos, demos el último golpe de nuestras fuerzas a ese monstruo llamado fascismo para hacerle desaparecer de nuestra tierra para siempre y, unidos con todos los trabajadores del Mundo, acabar con el monstruo que tiene por sistema el hacha, el látigo y la cárcel; así que yo estoy con los camaradas del aire.

¡Vamos todos a la lucha! ¡Que nadie dé un paso atrás! Pues si así no lo hiciéramos no seríamos dignos de llamarnos antifascistas.

GUILLERMO BLAS.

A propósito

Se nos ha presentado la época de los calores y no creo esté demás el hacer algunas consideraciones acerca de la impaciencia que se observa en algunos por despojarse de las prendas que componen su vestuario.

Bien es verdad que en este tiempo cuanto más ligera sea nuestra indumentaria mayor desenvoltura tendremos en los movimientos y mejor podremos soportar los rigores caniculares.

Pero no lleguemos a la exageración de practicar el "semidesnudismo integral" o de descuidar de tal manera las prendas que llevemos que, más que parecer soldados de un Ejército de victoria, fuerte y disciplinado, semejésemos miembros de una legión de desastrados.

Y no digamos nada cuando alguno de estos primitivistas ha prescindido de la camisa o camiseta, con el exclusivo objeto de que podamos comprobar la excelencia de los abonos naturales si plantamos berzas sobre su epidermis.

En las avanzadillas, cuando no es posible dedicar unos momentos a nuestro aseo, bien está que lo aceptemos como un sacrificio más, pero no a título de comodidad, como alguien pudiera considerarlo habiéndose a la suciedad.

Si en nuestros enemigos es disculpable la falta de higiene y el abandono en que se halla sumido el soldado, ya que, sólo por serlo, ha perdido su condición de hombre para ser un número, un esclavo, una bestia, no lo es entre nosotros, donde el soldado, lejos de carecer de personalidad, la realza, afirma su moral y confianza en sí mismo, atendiendo preferentemente al aseo y cuidado de sus prendas, así como a la marcialidad y soltura que deben imprimir carácter a todos sus actos.

Si se tratara de representar en una cinta cinematográfica el desfile de un Ejército derrotado, con los más ciertos visos de realidad, veríamos cómo se pondría especial cuidado en que desfilaran por la pantalla tipos sucios, descamisados, andrajosos y encogidos, dando así la mejor impresión de su agotamiento y desmoralización.

El soldado de nuestro Ejército debe estimar como cosa personalísima la higiene y el detalle en el vestir, lo que le contagiará alegría y optimismo, así como el buen porte y despeje de su aire, fe en sí mismo y en el triunfo de su causa.

Poseemos una moral insuperable y somos disciplinados, pero no basta serlo: hay, también, que parecerlo.

JOSÉ RODRÍGUEZ GONZÁLEZ.

¿No os habéis recreado nunca fijándoos en las bellas evoluciones del vuelo de los pájaros y en la gracia de sus saltos y movimientos?

¿Por qué, pues, os priváis de este goce? ¡No los matéis!